

Alejandro Marcos Ortega

El final del duelo

Adelanto editorial



OrcinyPress

1

La primera vez que vi a tu hijo después de la muerte de Isaías no supe muy bien qué pensar. Me pasa a veces con personas que hace mucho tiempo que no veo. Me las imagino de una manera y luego resulta que han cambiado, que son otras personas, con otras caras y otros cuerpos. Me cuesta un tiempo asimilar esos cambios y unificar la imagen de mi memoria con la imagen real de lo que estoy viendo. Eso mismo me pasó con Jero. Yo lo recordaba como el niño que era cuando le vi por última vez en alguna de las reuniones familiares a las que me invitabais. ¿Habían pasado diez años? No sé. Por ti parecía que no había pasado el tiempo cuando me abriste la puerta. Tenías el mismo pelo moreno y liso, los mismos ojos oscuros, como la mirada de los cuervos, la misma boca invisible. Nunca te lo he dicho, pero me recordaste a la estatua de una mujer famosa que vi una vez en Volado. Puede que me resultara estúpido decirlo en voz alta o que quizá la sombra de Isaías aún flotaba por encima de nosotros, no sé. Tal vez nunca había tenido sentido decir nada. Me recibiste en silencio, más sería que de costumbre. Eso sí me sorprendió. Había recibido tu carta con una mezcla de alegría y tristeza. Pensaba que, después de la muerte de tu marido,

ya nada nos unía, que no volvería a verte. Por eso me chocó ese repentino silencio, esa cara seria. Parecía que te mordías los labios para no hablar, metiendo dentro de la boca lo poco de rosado que tenían y apretando con rabia. Después descubriría que Jero también se muerde los labios como tú, oprime fuerte las mandíbulas en la parte de atrás y a veces incluso aprieta los puños a la vez. Pero no quiero adelantarme, Jero no estaba en la puerta cuando abriste. Como decía, recibí la carta y puse rumbo a Sombraseca poco después. Pensé en escribirte para confirmarte que la había recibido, pero finalmente no lo hice. No supe si sería capaz de enfrentarme a ti hasta el último momento. Recuerdo haberla releído mil veces, tu letra ordenada y paciente, como si hubieses escrito cincuenta borradores antes de mandarme la versión definitiva. No hablabas de ti, tampoco me preguntabas por mi vida. Solo hablabas de Isaías y de Jero. Ni siquiera mencionaste de pasada a tus otros hijos, quizá porque ya no vivían contigo. A pesar de la caligrafía ordenada pude detectar la desesperación y la soledad del que, aun repasando lo que escribe, siempre da vueltas alrededor del mismo tema. No me planteabas ninguna posibilidad, ninguna pregunta, pero dejabas claro que querías que fuera a verte y que tenías un plan para Jero. No lo dudé ni un segundo.

Fue fácil convencer a mi equipo para que dejáramos Ireliá y volviéramos a la civilización. Los cinco estábamos cansados de tanto entrenamiento y de tanto desierto y vimos con buenos ojos regresar y buscar un nuevo duelista para poder participar en el siguiente torneo. La carta la había reenviado el cartero desde mi casa por uno de esos absurdos privilegios que aún conservamos los duelistas y la Federación. No sabía cuánto tiempo habían tardado en averiguar dónde estaba por lo que creí que quizás era ya tarde cuando me puse en camino. Jamás pensé que Isaías estaba entrenando

a Jero en secreto para las justas, jamás pensé que ese era el verdadero motivo de tu carta. No puedes imaginar lo mucho que me decepcionó. Desde que abandoné el equipo, tu marido se había vuelto arrogante y descuidado, por eso acabó muerto. Si yo hubiera tenido hijos, ni siquiera se me habría pasado por la cabeza enseñarles ni un solo movimiento.

No recuerdo qué llevabas puesto aquel día. Creo que era ropa sencilla de color oscuro, negro o puede que marrón. Quizá recuerdo algo de una chaqueta de punto. La verdad es que mi atención estaba centrada en tus gestos, la forma que tenías de frotar las manos y mojarte los labios, tu silencio y tus malditos ojos negros sin vida. Pasamos a la salita y me hiciste sentar en el sillón de Isaías, el que se encontraba frente a la gran pantalla. Supe que era el suyo por cómo me miró Jero cuando subió del gimnasio. Jamás olvidaré esa mirada. ¿Cuánto hacía ya que su padre había sido asesinado? ¿Ocho meses?, ¿un año? Es igual. En cuanto vi sus ojos supe que era yo el primero en atreverme a ocupar aquel sillón antiguo. Antes de que subiera, me pediste que me hiciera cargo del chico. Me dijiste que su padre había estado entrenándole y que me ocupara de él. Después te callaste de nuevo. Habías hablado como un antiguo tótem que es enviado por algún dios para dar una noticia, un mensaje, y después vuelve a su estado natural de piedra. Creo que fue en ese momento cuando volví a pensar en ti como en una estatua. Pensé que aquella mujer de piedra podría haber abierto la boca igual que tú y haberme dicho dos veces que me ocupara de su hijo. Contesté. Puede que dijera: «¿Ocuparme?» o «¿qué quieres decir con entrenado? No será Jero un duelista, ¿no?» o, incluso, puede que dijera más cosas. Todo eso se ha borrado, Elisa, se ha borrado porque no me contestaste. Lancé aquellas palabras contra el muro de tu cuerpo y la roca de tu piel las absorbió sin devolverlas, sin siquiera crear un poco de eco.

De pronto aquella habitación, toda la casa, me pareció muy pequeña y muy oscura. Las cortinas estaban echadas y la tela del asiento me daba calor. Me desabroché la chaqueta y volví a preguntarte. La negrura de la pantalla apagada me devolvía mi reflejo deformado. Me habría gustado que me miraras, al menos, aunque fuera con esos ojos negros y muertos. Supongo que volví a preguntarte por tercera vez antes de darte por perdida. Ese fue el momento en el que Jero abrió la puerta del sótano y entró en el salón.

Lo primero que hizo fue mirarme. Supongo que tardaría un tiempo en reconocermme, aunque nada delató en su cara que lo había hecho. Tenía el pelo castaño claro, como Isaías, pero los ojos y la boca eran los tuyos. Había algo en él que quemaba, como si un sigiloso incendio latiera detrás de sus ojos y llenara la sala de furia. Sentí ese fuego como un brillo rojizo en su iris pardo y sentí el calor y la rabia con la que me miró. En ese momento supe que ese sillón había pertenecido a tu marido y no pude hacer otra cosa que ponerme en pie. Me pregunté si no estaríais todos locos en aquella casa. Temía encontrarme con el resto de tus hijos, a pesar de que sabía que vivían lejos, y que se hubieran convertido también en unos monstruos, que la muerte de su padre les hubiera afectado tanto como para perder la razón. Recordaba a Jero como un niño dulce y sonriente, pero ese niño, quizá por culpa de su padre, quizá por culpa de su asesino, parecía estar muerto. Como te he dicho antes, me costó asimilar que aquel muchacho, casi un hombre, que me miraba con ira adulta, fuera Jero. Sin darme cuenta puede que pasaran algunos minutos en los que nadie se movía ni decía nada. Era una estampa ridícula. Eso lo pensé después, por supuesto, en aquel momento no podía dejar de pensar en que estabais todos locos. Extendí la mano para estrechar la suya, pero no lo hizo. La adelantó un poco y me la mostró llena de quemaduras. Te levantaste con

tranquilidad al ver las heridas y desapareciste de la sala. No supe si ibas a volver.

—Me ha costado reconocerte. Has crecido mucho. Soy Saúl, el amigo de tu padre, no sé si me recuerdas.

—Claro —contestó.

Me alejé un par de pasos como repelido por un imán. Dudaba si sentarme de nuevo en el sillón. El muchacho empezó a mirar todos los rasgos de mi cara. Decidí quedarme de pie.

—Siento no haber venido al entierro de tu padre, pero me encontraba en Ireliá entrenando, chico.

—Jero —me corrigió—. Era con mi padre cuando estaba vivo con quien debió estar, no con su familia cuando murió.

Sonreí. Me gustaba su insolencia, no te haces una idea de lo mucho que me recordaba a Isaías.

—Tu padre no me necesitaba. Ni a mí ni a nadie.

Regresaste en ese momento con un par de vendas y unas pastillas. Me miraste mientras curabas la herida de su mano.

—¿Cómo te has hecho eso, Jero?

Me costó horrores no llamarle chico de nuevo.

—Entrenando.

—Un hechizo de fuego, ¿cierto?, ¿el maestro de tu equipo es muy duro?

—No tengo equipo todavía.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

Terminaste de vendar su mano y regresaste a tu sillón. Jero se dirigió hacia el gimnasio de nuevo. Le llamé para que volviera.

—Con veinte años no te cogerán de duelista en ningún equipo ni aun siendo el hijo de Isaías. Ahora deberías ser ya un destaco por lo menos.

—Mi padre volvía a casa a reclutarme cuando le asesinaron. Necesitaba un novante.

Sabía que necesitaba un novante, pero dudaba que fuera a elegir para el puesto a su propio hijo.

—Lo sé. Había dejado que el suyo muriera durante un torneo.

—Fue decisión del duelista.

—Nunca es decisión del duelista. Toda la responsabilidad era de tu padre.

Me abroché de nuevo la chaqueta para resaltar la rosa negra que llevaba bordada en el pecho. Sabía que tu hijo reconocería el negro como el color de los maestros, aunque pareció no impresionarle.

Nos enzarzamos en una discusión, primero pausada, después algo más fuerte, acerca de las responsabilidades de los duelistas, hasta que le dije que su padre era un irresponsable. Lo hice sin pensar, me salió del corazón. No quería herirle, pero sí que supiera la verdad. Por como hablaba imaginé que había leído miles de veces el reglamento de las justas. Noté que trataba de contenerse para no abalanzarse sobre mí. Supuse que en aquella casa venerabais a Isaías como a una especie de dios inmaculado, pero, siento decírtelo, tu marido no era buen maestro.

Mientras tú parecías no alterarte por las acusaciones que había lanzado, Jero apretaba los dientes y los puños. Yo solo quería que entendiera que no tenía que seguir los pasos de su padre, que no era un héroe, que tenía pocas posibilidades de llegar lejos en una carrera tardía en las justas y que sería mejor que comenzara los estudios en cualquier otra disciplina. Las justas no son lugar para muchachos ricos, la gente con dinero no se pega por tener un sueldo, se lo gastan en vernos luchar. Te juro que creía que te referías a eso cuando

me dijiste que me encargara de él, que tenías miedo de que se volviera como Isaías. ¡Qué equivocado estaba!

—¿Ha venido hasta aquí solo para insultar a mi padre? Tengo muchas cosas que hacer y no puedo perder el tiempo.

Se giró de nuevo hacia la puerta.

—¿De verdad quieres dedicarte a las justas?

—Sí. Esta misma semana parto hacia Cantos, con o sin maestro.

—Mi equipo anda buscando un nuevo duelista. Un novante. El mío abandonó porque la vida en las justas es muy dura. Mañana estaremos en el estadio de la ciudad para probar a los aprendices.

Quería que, al tener un enfrentamiento real con un verdadero duelista, comprendiera que era imposible que alguien con tan poco entrenamiento como él sobreviviera solo en las montañas de Cantos. Conocía muy bien a tu marido, al de antes y, de oídas, al de sus últimos momentos, y dudaba que hubiera tenido tiempo de enseñar a su hijo en los cortos periodos que pasaba en casa entre torneo y torneo. Las justas y la familia combinan bastante mal.

Jero continuaba parado junto a la puerta, de espaldas a nosotros, aunque tú no puedes recordarlo porque me mirabas a mí. De pronto se giró un poco, te miró y se fue del cuarto sin decir nada. Yo me quedé un rato de pie, sin atreverme a sentarme, y después me marché de allí sin despedirme. Tú tampoco parecías querer hablar. Te apreté el hombro cuando pasé a tu lado y te vi cerrar los ojos, para descansar o, quizá, para recoger toda la oscuridad de la habitación. Por la noche, pensé si aún estarías allí sentada, si te habías levantado o sí, por el contrario, te habías convertido de una maldita vez en una estatua de piedra.

El resto de la historia lo encontrarás en
El final del duelo
Colección Tar nº1
OrcinyPress.com
En papel y digital sin DRM

